



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Las limitaciones del tiempo

LA CASA DE ENFRENTA
OLGA DE LEÓN G.

Los autos se apilaban uno detrás del otro, la calle estaba cubierta de autos y camionetas estacionadas a lo largo de las cinco cuadras que tenía de largo la colonia. Afortunadamente, solo de un lado de la calle, justo del lado junto a la casa de enfrente.

Todos los días, de regreso de la escuela, pasábamos frente a esa casa, pero nunca lo hacíamos sobre la banqueta, nos bajábamos a la acera unos cuatro metros antes, ya era la costumbre, ni siquiera los más pequeños, preguntaban por qué hacíamos así el recorrido. Y, luego, nos cruzábamos para ir a nuestra casa.

Esa tarde de invierno, a la distancia vimos que alguien había salido de esa casa, y se paseaba -entre lento y pausado- de un lado a otro, mirando hacia la nuestra, como si esperara que una persona saliera y se asomara hacia la de ellos.

Mas, estábamos advertidos por nuestros padres que no curioseáramos ni buscáramos comprender nada de lo que ahí solía pasar; simplemente, debíamos mirar hacia otro lado y entrar a nuestra casa.

No obstante, ese día fue imposible no preguntarnos, ¿qué pasaba, por qué tantos autos?

Había fallecido el hijo menor del dueño de esa casa y otras más, quizá más de la mitad de las viviendas de la colonia, eran de ellos. El jovencito fallecido era muy atento con todo el mundo, era el único que convivía en el barrio. Joven medianamente guapo y educado... Pero la bruja que vivía al lado de su casa, sin que la familia supiera que era bruja, había pactado con el demonio, que él sería pareja para su hermana, o no lo sería de nadie más.

¿Cuántas historias falsas se tejen en derredor de algunos y cuánta gente puede creerlo! Nada es lo que parece, ni siquiera lo que se va diciendo en esta historia-cuento. Solo y solamente, la imaginación va haciendo camino.

Pero, los autos estacionados a lo largo de cinco cuadras, no eran producto de la imaginación de la cuentista. La fila fue real, tan real como la casa de enfrente. Mas, nadie había muerto, por el contrario, era una fiesta, una gran fiesta, después de la boda y la fiesta en Salón de la hija de los dueños y de su enamorado novio.

La memoria puede ser manipulada o puede manipularnos a su antojo. Todo depende de qué queremos en la vida y si es que sabemos lo que queremos...

Porque las más de las veces vivimos en un espejismo, o no vivimos en el mundo real, sino en el que creemos que lo es; y solo es el sueño que tuvimos un día y no olvidamos que lo habíamos tenido. La vida puede ser complicada y difícil por sí misma, o porque nosotros nos la complicamos.

Así, la casa de enfrente y todas las historias que en derredor de ella se pueden tejer, pudo ser una visión de un lejano pasado, de una historia vivida por seres extraños hace un siglo o más. O puede



ser la historia que inventamos en nuestra infancia y decidimos recordar ahora.

Curiosamente, esa casa siempre me ha acompañado, toda mi vida. Algo muy especial resguarda su recuerdo en mi mente: sentimientos y emociones no compartidas, que hicieron que mi infancia y adolescencia fuese una especie de cuento de duendes y hadas que no llegaría a ver la luz del día nunca, porque yo no dejaría que mis sentimientos y emociones brillaran y fueran reales: eso sería muy triste, pues la realidad jamás me ha favorecido.

Tan parlanchina, comunicativa y platicadora que he sido siempre, tanto que pareciera que nada me guardo solo para mí; y, no, no soy siempre así. También yo, como cualquier mortal, tengo mis secretos.

La casa de enfrente se mudó un día. Y, yo no supe a dónde se fue; hasta que hoy, descubrí que nunca estuvo frente a nuestra casa, ni en la adolescencia ni en la juventud; siempre estuvo solo en mi imaginario, esperando porque un día me atreviera a entrar o, al menos, mirar por una de sus ventanas...

Habría descubierto que la casa no estaba ya allí, o nunca lo estuvo. O, fue el espejismo en el que siempre he vivido: Una historia de la historia que quise un día vivir, pero dejé que se me escapara de las manos, porque entonces, igual que ahora, tengo miedo a ser feliz en medio de la tristeza y la desgracia que a mi vida la ha rodeado; como si fuera un pecado fatal, ser medianamente feliz.

VACACIONES EN LA PLAYA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN
Recuerdo bien la fecha: lunes 10 de febrero.

Estaba de vacaciones en una ciudad con playa mexicana, ya sabes, de esas con el agua más clara que un corazón ligero, templada como mi carácter al despertar luego de haber dormido sin ser perturbado durante once horas seguidas. Me levanté a media mañana, así es que almorcé tarde. Algo ligero: la historia debía estar buena. Para las siete de la noche: llegué al bar, casi vacío, parecía que apenas y me había puesto el desodorante: boom, boom, boom. No fueron detonaciones de bombas, sino los latidos del corazón al ver llegar a una vacacionista americana, Spring Breaker adelantada al tiempo, a su era, un clásico de la rebeldía, una pinche malcriada, lo que ellos llaman allá, del otro lado: una "Brat", de esas que caminan sobre la línea hasta despedazarla.

Boom, boom, boom. La miré de reojo. A mi edad no se puede ser indiferente a una belleza helada que se puede calentar con estas manos y mi cadera. Así es que no pude evitar mirarla de frente: ella bajó su vista, (no en señal de vergüenza, ni sumisa, sino) para esconder su risa de: "ya provoqué aquí". Eso fue solo el principio, porque luego levantó la cabeza clavando su mirada en la mía, viéndome directamente a los ojos y retando: "Sí, soy yo, tu número uno, ¿y qué?". Yo quería rociar de insecticida el lugar para quedarme a solas con ella.

Noté que venía directamente a mí: o a mi lado, de manera más precisa. Se sentó junto a mi banco y ordenó un helado de vainilla. "Póngale escocés encima", ter-

minó por decirle al cantinero. La situación se veía tan romántica: su blusa verde, (el color del dolor y el que se me tuvo prohibido usar durante meses: -Oh pobre África, tan sola). Y sus ojos encendidos: como prendidos por una luciérnaga, sus mejillas brillando: una paleta redonda de cereza.

"Soy Carlos y creo que tienes la voz más dulce de este planeta", le dije. Ella sonrió con una miniatura linda: "Hola, sí, soy yo y estás en peligro", me dijo. "Gonna, gonna, gonna", comenzó a escucharse en las bocinas del lugar: una canción de Charli xCx. "Hola, sí, soy yo y estás es en peligro" retumbó en mi cabeza. Boom, boom, boom, retumbó en mi corazón. "Tu cabello chino...", le dije. Yo quería traducir >\$999/(#&), pero no pude y tuve que conformarme diciéndole: "... tienes el cabello de una diosa".

Se quedó en silencio. "Debí haber dicho una estupidez", pensé. ¿Cuántos pretendientes no le habrán dicho eso antes? Trate de tranquilizarme como el agua de la bañera, quieta como monolito azteca. Tomó un cuchillo y lo enterró en un montón de servilletas. "No te quiero como fondo de la fotografía", le dije. "Aunque tal vez un día quieras regresar al lugar de dónde vienes, porque podrías descubrir que al lugar a donde voy a llevar resulte que no es tu preferido. Y eso también está bien". Guardó silencio. "¿Te parece que ahora estoy hablándote a ti?", le pregunté. Asintió con la cabeza y dijo: "Yo también puedo decir estupideces de vez en cuando". "Tendré paciencia, lo prometo", le respondí.

Terminó su nieve y le dijo al cantinero. Otro igual, pero sin el helado. Y luego, girando su cuerpo hacia mí, colocó sus manos sobre mis muslos y me dijo: "Voy a levantarme a bailar sola. ¿Quieres acompañarme?" Sonreí y dejé mi banco abandonado frente a la barra.

Cien golpes por minuto. Remix. "Talk, talk". Mis manos se deslizaban por su cuerpo de diosa hechizada; su cintura: de un lado al otro. "Hay muchas maneras de enamorarse", me dijo. "Yo tengo mi favorita", le respondí. "Podría ser tu favorita y no la mía". Nos quedamos solos en la pista de baile y las luces se apagaron. "Pon tus manos en mis pechos", me dijo. Movimientos de reversa, baby. "Te voy a enseñar a viajar por el tiempo", le dije. "Quiero que me lleves a rebobinar", respondió ella. "¿Te quedarías a dormir toda la noche?", pregunté.

Subimos a un taxi que nos llevó a mi hotel. Llegamos al piso 14. Un maldito infierno la espera. Comenzó a desvestirme en el elevador. "¿Sabes? Esto ya no es tan confuso", me dijo y continuó: "Tienes una manzana en tu cuarto?". "Tengo una naranja sin semilla, pero podríamos pedir la manzana al restaurante". "No importa".

En la cama: la furia deshizo las sábanas y un escarabajo giró sus dos pares de alas. Voló hacia el bosque esperando encontrar un silbido que dijera: "Sí, soy yo y estás en peligro". El viento penetraba los misterios de la luna y el durazno. Noche: "No salgas, no te vayas, dame tu infinito".



Mario Benedetti

Mario Benedetti nació en Paso de los Toros (Tacuarembó, Uruguay) el 14 de septiembre de 1920, hijo de Brenno Benedetti y Matilde Farrugia, quienes, siguiendo sus costumbres italianas, lo bautizaron con cinco nombres familiares como Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia.

Benedetti al finalizar la escuela primaria (1934) la familia residió en Paso de los Toros durante los primeros dos años de vida del autor, para luego trasladarse a Tacuarembó y Montevideo.

Desde los catorce años trabajó en la empresa Will L. Smith, S.A. de repuestos para automóviles, en la que hizo prácticamente de todo: fue vendedor, cajero, taquígrafo, contable; hasta que en 1939, acompañando como secretario al líder de la Escuela Raumsófica (de la que formaron parte también su familia y la familia de Luz López Alegre, quien después sería su esposa), se trasladó a Buenos Aires, donde hizo también un poco de todo, pero especialmente -según contaría más tarde, leyendo a Baldomero Fernández Moreno- descubrir su vocación de poeta.

Ese mismo año de 1945, publica su primer libro de poemas, La vispera indeleble, que no se volverá a editar, y un año después, el 23 de marzo de 1946, contrae matrimonio con Luz López Alegre, su gran amor y compañera de vida, a la que conocía desde que eran niños. Un año más tarde el matrimonio recorre parte de Europa con los padres de Luz, en un viaje que será el preludio del que harán en 1957, mucho más largo.

De regreso en Montevideo, en 1948 dirige la revista literaria Marginalia y aparece su primera obra ensayística, Peripezia y novela (1948), a la que siguió su primer libro de cuentos, Esta mañana (1949), con el que obtuvo el Premio del Ministerio de Instrucción Pública, galardón al que Mario Benedetti accedió en repetidas ocasiones, hasta que en 1958 renunció a él por discrepancias con su reglamentación.

Quién de nosotros, su primera novela, que, aunque bien recibida por la crítica, pasaría casi desapercibida entre el público y tendrá que esperar al tirón del volumen de cuentos Montevideanos (1959) - en los que toman forma las principales características de la narrativa de Benedetti- y especialmente al de su siguiente novela, La tregua (1960), para ser leída con atención. Fue esa última obra, La tregua, la que supuso la consagración definitiva del escritor y el inicio de su proyección internacional.

El autor repartirá su tiempo entre sus residencias de Uruguay y España hasta que tras el fallecimiento de su esposa en 2006 se traslade definitivamente a su residencia en el barrio Centro de Montevideo, Uruguay. Con motivo de su traslado, Benedetti donó parte de su biblioteca personal en Madrid al Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Alicante que lleva su nombre.

En los últimos años la salud del escritor se resiente y es hospitalizado a menudo hasta que el 17 de mayo de 2009 muere en su casa de Montevideo, a los 88 años de edad. El gobierno uruguayo decreta duelo nacional y dispone que su velatorio se realice con honores patrios en el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo. A los pies del ataúd se acumulan decenas de flores y bolígrafos que la gente deposita como último tributo al escritor. Al día siguiente el féretro es trasladado desde el Congreso hasta el Cementerio Central, donde se le rinde homenaje, en cortejo por las calles de Montevideo acompañado por miles de personas. Desde el 19 de mayo el cuerpo del poeta descansa junto al de su esposa Luz en el cementerio del Bosque de Montevideo..

ad pédem literae

Uno no siempre hace lo que quiere, pero tiene el derecho de no hacer lo que no quiere

Mario Benedetti

Letras de
buen humor

El futuro no es una página en blanco es una fe de erratas

Mario Benedetti

Elmer Mendoza

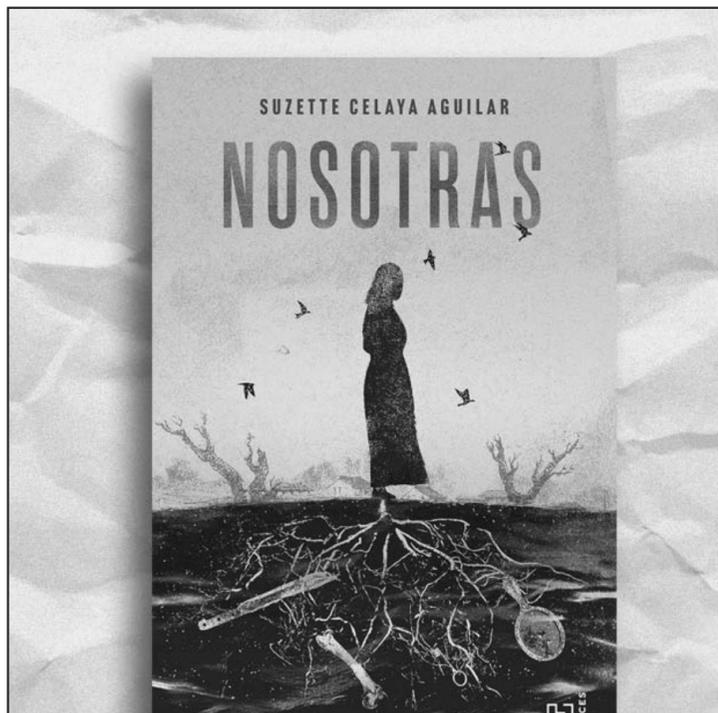
Nosotras, de Suzette Celaya

Cada pueblo tiene su historia. Terrible o venturosa, alguien la cuenta para que no sea un episodio más, ajeno a la comunidad que somos el mundo. Pudiera ser "la cruel verdad de la vida", o un sueño de una noche de verano. Tal es el caso de Nosotras, novela de Suzette Celaya Aguilar, publicada por Hachette, México, en febrero de 2024, donde un pueblo debe ser desalojado porque será inundado y se convertirá en una presa. Quizás a usted no le interese este pueblo; uno más que será borrado por una decisión gubernamental. Un pueblo antiguo, con iglesia, plaza, ganaderos, agricultores, cantina, infantes y tradiciones, que desaparecerá como tantos otros arrasados por el progreso. Quizás, le digo, pero seguro la interesa la buena literatura mexicana. Entonces, esta novela no le quedará a deber.

Nosotras es una novela que crepita. Suzette Celaya Aguilar, que nació en Hermosillo, Sonora, en 1982, con un estilo directo, crea la historia de una comunidad a partir de los movimientos de Violeta, una mujer joven, que vive con su abuela Violeta, la prestamista, que es dura y no perdona a ningún deudor. A la joven no le gusta su nombre, piensa que, "nadie es inmune a su nombre... siempre somos otros, alguien que ya se llamó así, que ya existió". Después sabrá que pudo llamarse de otra manera. Ella tiene un espejo que le ofrece reflejos diferentes a

lo que miran sus ojos. Recorre el pueblo de noche, identifica las casas abandonadas por los que ya se fueron como cadáveres. Su abuela muere. La narradora, Violeta joven, nos cuenta que su madre se ahorcó en un mezquite que se encuentra en el patio de su casa. ¿Por qué? En un momento clave sabrá el motivo. Ella tuvo una hija que nació muerta. La enterró al lado de su madre en el cementerio que está en una loma. Con frecuencia piensa en los restos de esas dos cuando le hablan de dejar el pueblo, de que desaparecerá. Hay un hombre, con el que tuvo amoríos de joven, Fermín, que se hace presente. Su esposa Cora es celosa. El tipo la asesina. Un grupo de mujeres que tejen sombreros de palma le dan sepultura. Este feminicidio no quedará impune, ya verán.

Llega Lina que quiere ser modista, pero necesita dinero para vivir en la ciudad. Hace todo lo posible para lograrlo y no imagina quién le dará los medios para avanzar en su proyecto. Mientras los del gobierno trafican con el miedo de la gente, Violeta desliza momentos de su vida. Tiene el espejo mágico y también un machete. Después de su delito, Fermín se queda en su casa, trata de dormir con ella. No se lo permite. Aparece un joven reportero interesado en escribir sobre un cadáver que lleva meses entre el fuego y no se quema. Hace fotos de lo que puede.



Es inevitable. Sentirán cada atmósfera narrada como un desprendimiento absurdo de lo que llaman normalidad. Recordarán a dos grandes maestros de la literatura latinoamericana y eso está bien. Los vasos comunicantes con nuestros maestros son infinitos. "Haz café. Revuélvelo como se mueven las manecillas del reloj", ordena la abuela. Recuerdo a un amigo colombiano y las palabras de

su abuela, "solo la gente que es gente toma café sin azúcar". Saben ustedes "¿cuándo el calor hace llorar la piel?". Una novela que crepita tiene como contrapunto las sombras. La autora las deja crecer, no revela sus nombres, segura de que cada lectora o lector transitarán motivados de un asombro a otro. Como lo mencioné antes, Nosotras no le quedará a deber. Saludos.